

# **Entre la chacra y la olla**

**Florence E. Babb**

**Economía política  
y las vendedoras  
de mercado en  
el Perú**

*Traducción de*  
Adriana Soldi

***IEP*** Instituto de Estudios Peruanos

## ÍNDICE

Prefacio a la edición de 2008 .....	11
Prefacio a la edición de 1998 .....	15
Agradecimientos (edición de 1998) .....	23
1. Introducción .....	27
2. La economía política peruana .....	47
3. Mujeres del mercado y teoría .....	83
4. El mercado .....	117
5. El trabajo de las vendedoras del mercado .....	159
6. Vendedoras del mercado, familia y sociedad .....	201
7. Relaciones sociales y políticas entre las vendedoras del mercado .....	235
8. Crisis económica y campaña en contra de los vendedores .....	261
9. Conceptualizando a las vendedoras del mercado .....	287
Apéndice .....	299
Bibliografía .....	301

## *Prefacio a la edición del 2008*

ESTOY MUY COMPLACIDA de poder haber hecho realidad esta edición en español, traducida, editada y publicada en el Perú. Han pasado diez años desde la aparición en inglés de la segunda edición de mi libro sobre las vendedoras del mercado en Huaraz, que fue publicado originalmente en 1989. Agradezco mucho el apoyo de mis amigos y colegas del Perú —cuyos nombres aparecen en los agradecimientos— por su sostenido interés en mi trabajo, así como a Marcos Cueto y el Instituto de Estudios Peruanos por considerar el renovado valor de mi investigación para los lectores latinoamericanos. Estoy muy agradecida también a Adriana Soldi, por su cuidadosa y precisa traducción, y a Tatiana Falcón Rodríguez, mi asistente de investigación en la Universidad de Florida, por su ayuda en el repaso minucioso de los capítulos traducidos. Quiero expresar también mi más sentido agradecimiento a Victoria Rovine, quien me acompañó durante mi más reciente viaje al Perú en el año 2007 y compartió conmigo las ricas experiencias que la gente y el lugar nos ofrecieron. Finalmente, muchas gracias al Vada Allen Yeomans Endowment de la Universidad de Florida que brindó su valioso apoyo para hacer realidad este libro.

Sin embargo, mi más profunda estima es por las amistades que durante todo este tiempo se han mantenido en Huaraz, lugar

donde he llevado a cabo mi trabajo de campo por más de treinta años. La familia de Socorro Sánchez y Vicente Camino me dieron un hogar y base de operaciones desde 1977, cuando empecé mis investigaciones. Al regresar al Perú en el 2006 y el 2007, después de una larga ausencia, como antes, volví a sentirme bienvenida en su casa y disfruté de su cálida hospitalidad y generosidad. Por esa razón me afectó mucho que luego de mi visita más reciente perdieran parte de su casa debido a la construcción de una nueva carretera proyectada desde hace tiempo y que debía atravesar su propiedad. Como en 1988, cuando me enteré por mi ahijada Magaly de la destrucción del mercado de Huaraz —donde su madre había trabajado durante muchos años—, ahora, veinte años después, ha sido nuevamente ella quien se encargó de comunicarme la noticia de esta otra pérdida que ha tenido que sufrir su familia.

Mis más recientes visitas al Perú me han recordado los retos que se les presentan a las familias de las vendedoras del mercado en Huaraz y su coraje para enfrentarlos. Aunque encontré que muchas cosas parecían haberse conservado igual que hace años, también pude notar que hay mucho que está cambiando. Hoy en día es más visible el giro neoliberal en la economía que describí en 1998 para el prefacio de mi libro publicado en los Estados Unidos. Las vendedoras siguen haciendo sus periplos diarios al mercado para ofrecer sus productos y así agenciarse los ingresos necesarios para mantener a sus familias, aunque en el contexto actual lo pueden hacer con mayor audacia. La nueva generación de los hijos de las vendedoras del mercado lucha por alcanzar la educación superior que sus padres soñaron para ella, aunque sabe que después no será fácil conseguir un empleo.

Cuando visité los mercados de Huaraz en el 2007, todavía encontré algunas caras conocidas, pero muchas más eran nuevas para mí. Varias personas me comentaron sobre la separación que todavía existía entre los vendedores con suficiente dinero para comprar un puesto en el mercado moderno —que fue construido recientemente en el centro—, y los muchos otros vendedores que buscan un espacio en la calle donde vender sus productos. Una mujer de edad me dijo que vendía en la calle desde 1973, y cuando le dije que yo era de los Estados Unidos, riéndose excl-

mó: “¡Ah, de los Estados Jodidos!”. Cuando se dio cuenta de que yo había entendido su juego de palabras, inmediatamente hizo un gesto amigable y me ofreció un pepino de entre un pequeño montón que estaba vendiendo. Después, cuando le compré unas cuantas frutas me abrazó afectuosamente. Este breve encuentro capturó la ambivalencia que me han expresado muchas vendedoras de Huaraz, quienes condicionadas por las circunstancias tan difíciles de su vida, tienden a ser recelosas de los extranjeros, pero aun así están dispuestas a abrirse al mundo que las rodea. Yo todavía respondo con asombro y sincera gratitud a estos preludios de amistad y a estas muestras de afecto que se dan en un tiempo de incertidumbre económica y globalización.

La gente de Huaraz siempre quedará en un lugar especial en mi corazón, y en el futuro espero encontrar nuevas maneras de volver a visitarla pues guardo gratos recuerdos de su cariñosa acogida. Desde 1977, como joven estudiante de doctorado, hasta la actualidad, como antropóloga de carrera y profesora universitaria, el Perú y el Callejón de Huaylas continúan siendo lugares extraordinarios para mí, tanto por su gente como por su rica historia y cultura. Siempre me sentiré muy afortunada y agradecida por el tiempo que compartí con los huaracinos y me sentiré profundamente honrada si encuentran alguna utilidad en mi trabajo.

FLORENCE E. BABB  
*Gainesville, Florida*  
*Enero de 2008*

# 1. *Introducción*

UNA MÚSICA TRADICIONAL ANDINA atravesaba las grandes puertas dobles que conducían al interior del Mercado Central. Los sonidos de quenás y tambores combinados libremente con los de algunos instrumentos de metal formaban una conocida músicaailable, un huayno muy popular en la región. Una vez dentro del mercado, me di cuenta que los sonidos venían de un grupo de hombres que desfilaban entre las hileras de mujeres que vendían verduras, frutas y un surtido de comidas preparadas. En el atuendo festivo de los hombres llamaban la atención unas bandas bordadas que llevaban cruzadas sobre el pecho, lo que producía un marcado contraste con los mandiles llanos y blancos y las blusas y faldas sencillas que vestían las mujeres del mercado.

A los músicos los seguía un grupo de hombres jóvenes y niños vestidos con túnicas y pantalones blancos, que llevaban sargas de semillas atadas debajo de las rodillas. Mientras danzaban, el sonido de las semillas producía la percusión rítmica para los músicos. Estos danzantes *shaqsha*, como se les llama en quechua, son una presencia frecuente en las fiestas andinas y las mujeres del mercado los saludaban al pasar.

Se acababa de celebrar una misa en una pequeña capilla ubicada al centro del mercado. Un anda revestida de flores llevaba a la Virgen de Fátima, santa patrona del mercado, desde su sitio habitual en la capilla a un recorrido por el mercado. La procesión de músicos y bailarines que acompañaba a la Virgen daba vueltas por los pasillos entre las frutas y verduras frescas y luego salía a la calle donde la acompañaba una horda de niños correteando a los lados y detrás de ella.

El mercado central tenía un aire de regocijo esa mañana, mientras que los vendedores interrumpían su trabajo y los parroquianos se recostaban en los puestos del mercado para disfrutar de la música y admirar a la Virgen en todo su esplendor. El color y el aire festivo de la escena resaltaban aún más por la mezcla variada de olores que emanaban de los puestos de frutas y verduras frescas, carnes, aves, pescados y especialidades regionales preparadas para su consumo al momento. Sin embargo, en ese momento incluso estas tentaciones culinarias no podían competir con el entusiasmo que despertaba la procesión.

Estos fueron las imágenes, sonidos y olores que me dieron la bienvenida la primera vez que me aventuré al Mercado Central de Huaraz en Perú. Mi mente estaba enfocada en intentar conocer algunas mujeres del mercado, pero me distraje ante tal variedad de estímulos para mis sentidos. Lo que vi me sorprendió porque coincidía muy bien con la idea folclórica que se tiene de los mercados en América Latina, como lugares muy coloridos, propicios para la recreación y como ambientes donde acuden las mujeres tanto para contarse chismes como para vender.

De hecho, lo que vi no fue del todo común. Aunque ese día me acompañó y ayudó una mujer joven que conocía muy bien los mercados, ni a ella ni a ninguno de los vendedores con los que hablé se les ocurrió contarme que estaban teniendo la celebración anual de la santa patrona del mercado. Para ellos era obvio. Ciertamente, uno sólo ve procesiones y danzantes *shaqshas* y guirnaldas de flores en las fiestas muy de vez en cuando. Y mientras las mujeres del mercado antiguamente tenían que usar mandiles blancos todos los días, hoy en día los mandiles se llevan sólo en ocasiones especiales. Más aún, los vendedores del mercado

sólo en circunstancias como estas bajan un poco el ritmo de trabajo. Cualquier niño en Huaraz sabría esto, sin embargo, en mi caso tuvieron que pasar varios días para que mis preguntas y observaciones me aclararan las circunstancias que rodearon mi primera visita al mercado.

El hecho de que haya llegado al mercado un día tan diferente a los demás pudo no ser fortuito. Con ello, así como había aprendido a cuestionar las apariencias en la sociedad peruana en general, empecé a cuestionarlas en el mercado de Huaraz. Ya me llamaba la atención Perú por lo paradójico de ser un país tan rico, de tal esplendor natural y diversidad cultural, y que sin embargo estuviera tan marcado por la pobreza extrema. Empecé a observar las condiciones difíciles y el trabajo duro de la comercialización bajo la apariencia de una tradición cultural persistente. Las contradicciones experimentadas por las mujeres del mercado —personajes retratados en las postales luciendo amplias polleras, sombreros de ala ancha y trenzas largas, quienes de hecho respaldan la economía peruana nacional— se convirtieron en el principal enfoque de mi investigación en Huaraz.

Durante el medio año que permanecí en Huaraz en 1977, así como durante los veranos de 1982, 1984 y 1987, cuando volví a esa ciudad provinciana, consideré el trabajo y la vida social de las mujeres del mercado dentro del contexto más amplio de la economía subdesarrollada en el Perú. Sólo así se podía llegar a responder las preguntas más fascinantes sobre el mercado de Huaraz. Por ejemplo, ¿qué es lo que a muchas mujeres les atrae del comercio al menudeo, probablemente la principal ocupación de las mujeres de Huaraz sólo después del servicio doméstico como fuente de empleo femenino? ¿Qué clase de trabajo desempeñan los vendedores del mercado y qué papel cumplen en la economía? ¿Son los vendedores del mercado empresarios independientes o existen fuerzas económicas que los limitan y subordinan? ¿Qué subyace a las recientes campañas para retratar a los vendedores del mercado como innecesarios e incluso dañinos para la sociedad, y para restringir el comercio al por menor en un momento en que les quedan pocas alternativas a estos vendedores?